



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

“LA INCOMUNICACION EN NUESTRA SOCIEDAD”

Por el Dr. AQUILINO M. POLAINO-LORENTE

Prof. Adjunto de la Cátedra de Psiquiatría de Sevilla

Una de las problemáticas que tiene planteadas el hombre de nuestro tiempo es la de la comunicación. En estos últimos años diversos autores vienen volcando su atención hacia este problema. Muchas de esas opiniones son contradictorias entre sí. Algunos, más avanzados en sus formulaciones y quizás menos profundos en sus juicios han llegado a sostener que el hombre de los años 70, no se pueden comunicar con sus semejantes.

La cuestión, pues, a abordar es la posibilidad de esta comunicación interpersonal.

Para adentrarse en este tema se precisa un mínimo de serenidad y ponderación. Y ello sólo se consigue si la provincia a estudiar dentro del extenso problema aquí suscitado es limitada convenientemente.

No pretendo en esta monografía, objeto del presente seminario, solucionar el problema. El interés sin embargo es doble: De un lado en nuestro quehacer psiquiátrico cotidiano, nos enfrentamos de un modo fundamental con la cuestión que hoy queremos traer aquí. De otro en nuestro perimundo cultural hay una especial sensibilidad en torno al tema, y somos de la opinión de que nada

de lo que preocupa y sucede al hombre de la calle es ajeno a nuestro trabajo médico.

Sólo espero recoger algunas vertientes del problema para que exponiéndolas aquí se apunte a la abertura de un diálogo en el que colaborando todos, cada uno de nosotros aprendamos a comunicarnos un poco mejor con los demás. Si de verdad aprendemos algo —más del decir múltiple, que de lo que yo exponga aquí— me sentiré satisfecho y mi esfuerzo no habrá sido inútil.

A ninguno de los presentes en este seminario se le oculta la importancia que tiene la comunicación dentro del campo de la Psiquiatría. Al ser el hombre un ser dinámico y constantemente abierto con su “co-mundo”, es lógico suponer que todo estrechamiento de esta abertura que le relaciona con lo exterior debe ir seguido de una cierta alteración en su intimidad psíquica. Aunque sólo sea a modo de muestra voy a intentar pasar lista a una serie de enfermedades psiquiátricas de todos conocidas en que estos hechos pasan a uno de los primeros planos.

Especial interés tiene la casi desaparición en nuestra cultura de los fenómenos histéricos, seguidos éstos por el

gran incremento que en estos últimos años van teniendo procesos como la neurosis de angustia, la neurosis visceral, las depresiones cristalizadas y los enfermos hipocondríacos. Este hecho señalado por el Prof. ALONSO-FERNANDEZ repetidas veces tiene un interés especial.

El hombre de hoy necesita de la comunicación como el de ayer y esperamos que también suceda así mañana. Pero mientras que el hombre de ayer hacía una enfermedad hacia fuera (una alteración en la comunicación con otros hombres), el hombre de hoy hace una enfermedad hacia dentro (aquí la alteración está en la comunicación que el hombre tiene consigo mismo). De este modo el estilo de enfermar corre paralelamente con el estilo de ordenar sus comunicaciones. Hoy nos hemos despreocupado de los demás, para ocuparnos patológicamente muchas veces de nosotros mismos, siendo esa ocupación en sus raíces tan primitiva, que se instala fundamentalmente en la corporalidad.

El aumento de neuróticos es otro índice de lo que aquí se dice. El neurótico se instala muchas veces en una soledad patológica y agrídulce inflamada y centralizada en su yo. Hay un distanciamiento de todo lo que suene a comunidad, para caer en unas coordenadas competitivas con los demás. Por eso se viene hablando últimamente de comunicosis.

También en el psicópata observamos algo parecido. Aparentemente su comunicación con los demás se nos aparece como normal. Pero en ella hay un profundo desorden. Esa comunicación es sólo apariencial. Se da en estas personas una gran facilitación para los contactos superficiales, pero los auténticos contactos profundos y sobre todo el encuentro existencial con el otro aparecen notablemente bloqueados. En el maniaco y en el enfermo depresivo tam-

bién está morbosamente modificada esta comunicación. En muchos alcohólicos es el tedio nacido en una tierra regada por la soledad lo que les arrastra a la bebida. En otros el alcohol actuaría más bien como droga facilitadora de las relaciones interpersonales.

Finalmente entre los esquizofrénicos el problema de la incomunicación es tan palpable, que ello justifica el que no ahondemos más en esta breve excursión por la psicopatología.

Que la incomunicación ocupa un papel importante en la esfera psiquiátrica me parece que queda suficientemente expresado así. Ahora bien, quizás nos hallamos apartado un poco de la cuestión apuntada al principio. Por ello quizás convenga volver de nuevo al surco allí abierto, y preguntarse ¿Es posible la comunicación?

Ante esta pregunta hay infinidad de respuestas. Algunas proceden de otro campo, de la Filosofía. Quizás en la base de todo esto esté la crisis de la filosofía actual.

El gran desarrollo de la Lógica matemática sería una manifestación concreta de la preocupación grande que en este campo también se ha suscitado en torno a estas cuestiones. Quizás al ocuparse tanto de la lógica —ciencia que estudia el análisis de los conceptos y del lenguaje— estén significando que el problema está aún más escondido: lo que de verdad preocupa es la objetividad de la ciencia. Pero esta preocupación se acompaña a la vez de una gran sensibilidad por el misterio y la incertidumbre de todo lo humano. Tal vez con esta nueva paradoja no digamos nada nuevo. Ante un haz de racionalismo— la objetividad de la ciencia— se nos aparece otro de muy distinto signo que le acompaña y que es irracional —la preocupación por el hombre—.

En esta corriente están presentes las ideas de pensadores como WITTGENS-

TEIN, REICHENBACH, AYER, CARNAP, etcétera.

Otra gruesa línea de pensamiento distinta a la anterior que también se adentra en esta cuestión es la representada por LEVI-STRAUSS y FOUCAULT. Mediante la aplicación del estructuralismo —método primitivamente originado para el estudio del lenguaje— a las ciencias humanas, se trata de encontrar su objetividad.

Finalmente —para no alargar así la lista— otros autores —PIEPER, G. MARCEL, etc.— resucitan el viejo socratismo un poco olvidado y siempre actual frente a las actuales grandes técnicas de “envilecimiento del ser” como diría el propio MARCEL. Igualmente hay que hacer notar la preocupación de M. HEIDEGGER por estas cuestiones del lenguaje, que él definía como la “morada del ser”. JASPERS, también participa de esta preocupación, al tratar de la alineación por la técnica como segunda naturaleza en la que vive el hombre sin ser auténticamente suya y en la cual puede asfixiarse.

Sólo hemos esbozado someramente algunas corrientes de pensamiento que han tomado carta en el asunto. Por ello no hacemos referencia a ciertas problematizaciones científicas del materialismo dialéctico. No se nos oculta que algún autor representativo de aquella opinión va dando saltos de un pensamiento a otro, hasta reducir el problema a unos parámetros socioeconómicos y de clase.

Y siendo importantes algunos de sus argumentaciones nos vemos obligados a no afrontarlas por estar ya en su base una postura radical de exaltación desmesurada del sujeto —y muchas veces incluso del método— que quiebra ya en su raíz todo puente intersubjetivo.

Pudiera ocurrir que de afrontar este sistema cayéramos en un juego dialéctico e incommunicativo: el de negar lo que

se dice de uno, o replicarle, para finalmente volver a percibirle.

Antes de seguir adelante quiero apuntar que en lo sucesivo sólo me referiré a un modo particular de comunicación: la interpersonal y dentro de ella atendiendo a su forma verbalizada.

Pienso que en la base de todo este planteamiento existe un defecto radical. No se puede confundir las alteraciones de la comunicación con la comunicación misma. Esta última plantea ya de suyo un problema obvio: el de si es posible su existencia.

El caudal de la experiencia común nos demuestra que a través del lenguaje no podemos comunicar toda nuestra intimidad al menos de un modo radical. Pero al mismo caudal, pertenece también la otra realidad contradictoria. El lenguaje es connatural al hombre y de alguna manera la comunicación es posible. Si ésta no lo fuera no tendría sentido este seminario.

Se me ocurre que quizás buceando en la naturaleza del hombre —el lenguaje es connatural al hombre— podríamos encontrar una suerte de justificación a la anterior paradoja. Ello ya está invitando a que entremos en un plano ontológico —el de la metafísica— que a todas luces quisiera evitar. Si lo afrontáramos pudiera ocurrir que nos fuéramos hilvanados por el pensamiento a otra área distinta, la que se pregunta por el sentido de la vida del hombre.

Para evitar esta disociación en el pensamiento sugiero una vía más fácil: Admitir que siendo el hombre un ser individual, irrepetible, único, etc., no por ello deja de ser contingente. Si esto se admite no nos extrañaremos que la comunicación —propiedad del hombre— esté afectada de esa contingencia también y por ello sea imperfecta.

La imperfección del lenguaje nos parece una cosa muy distinta del otro hecho muy distinto. Me refiero a que esta

incomunicación esté hoy favorecida por otras circunstancias. Pero a ello me referiré en breve un poco más adelante. De este modo el lenguaje tiene una función instrumental, consistente en desvelar la intimidad, al mismo tiempo que la oscurece. Sería en frase de LOPEZ IBOR, "como el cuerpo humano, al mismo tiempo transparencia y máscara. Ambos son bipolares ambiguos, como la propia estructura del ser humano". Ahora bien comunicación no es sinónimo de identificación, sino de comunión. Por ello debe ser tal que permita transmitir lo interior sin por ello dejar la propia intimidad vacía o asumida —según los casos— por la intimidad del "otro".

Es pues la comunicación algo existente y necesario en el ser humano, según la cual sin quedar reducido al "otro" hace viable la alteridad.

Este contacto con la alteridad es tan necesario que como dice G. MARCEL, sin ello "ningún individuo podría encontrar su acabamiento así como ninguna comunicación tendría sentido sin el individuo". Y es que el ser ésta como escondido en su virtualidad y necesita para salir de ella y manifestase del contacto del otro. Por ello para SCIACCA toda comunicación es "iniciativa en el ser", e iniciativa continua —esto sería una manifestación de lo que es la vida— al ser el otro fuente inagotable de existencia. Dice textualmente: "Hablar es lanzar el propio discurso interior en el espacio interior del otro; general desde mi silencio la palabra que entra en el silencio del tu al que se dirige".

Es a través de esta comunicación, como el "otro" se nos aparece no como un "él", sino como un "tú" preñado de sentido (BUBER).

Parece que así quedaría expuesta la realidad de la existencia de la comunicación así como su necesidad. Pero ello, si admitimos a la vez su infinitud y la contingencia del entorno en que se desarrolla.

También se podría decir a quienes sustentaran la tesis de la radical incomunicación del hombre, que esa tesis es incluso posible —posible de entender y por tanto de transmitir— a que en ella la comunicación está supuesta.

Aquí el argumento sería paradójico y estaría fundamentado en la comunicación de la incomunicación.

Por todo lo apuntado no podemos estar de acuerdo con SASTRE, el gran pensador que reduce el diálogo a una comunicación con la nada. De admitírsele, caeríamos en una tautología: la nada que comunica con la nada. Y esto no se podría hacer comunicable gracias a que habríamos convertido el yo personal en nadie y el tú en la nada. Parece clara que esta tesis no significa lo que es el hombre.

Se podría pensar después de todo lo anteriormente tratado que el problema de la comunicación ha quedado resuelto, y no es así. Si así lo fuera, nuestro pensamiento no sería cierto.

Al ser el lenguaje un medio de comunicación, desde que el mensaje nace en un "alguién" y llega a un "otro", puede sufrir muchas variaciones e inflexiones.

Unas nacidas del "quién" lo dice, y del "a quién se dice". Otras del mismo contenido del mensaje, la palabra. Finalmente otras fuentes de incomunicación de lo comunicado sería el contexto o entorno —hic et nun— en que aquél se comunica.

Del análisis de estas cuestiones que resumidamente expongo a continuación, podremos obtener una confirmación suficiente de la existencia real de la incomunicación. Existencia que es real y favorecedora del morbus patológico, por lo que debemos revestirnos de una especial vigilancia para estar atentos a que allí no se desarrolle una alineación.

Las principales fuentes que pienso puedan ser origen de que la comunicación impersonal pueda tornarse inco-

municable dejándola vacía de sentido, serían las siguientes:

1.—La creciente tecnificación que cuando el hombre no es susceptible de asimilarla y ordenarla, cae dentro de ella cosificándose. Prueba de ello, son las siguientes muestras:

a) Cambios vertiginosos —vertiginosos no sólo en cuanto a la velocidad, sino también en cuanto a la cualidad— en las coordenadas culturales, ante los cuales el hombre de nuestro tiempo queda como enquistado rápidamente en una zona subcultural y generacional. Quizás por aquí se apunte la incomprensión entre generaciones, así como siendo mínima la edad física entre unos sujetos y otros los techos de sus relaciones sean tan altos que les colocan en estratos cerrados.

b) La necesidad de aprender un nuevo lenguaje para designar las realidades nuevas que se incorporan cada día a la cultura. Así se forma una nomenclatura que sólo se puede compartir entre los que la conocen cayéndose de esta manera en un lenguaje hermético. Esta situación explicaría la avidez del hombre actual por estar informado. Y esta avidez de información nace de transformar el lenguaje en instrumento de poder. Puede más, quien más conoce, y bajo este lema se desarrolla un gran cambio cultural: el de transformar la cooperación por la competencia, originándose de esta suerte un estado de angustia y de culpa permanente.

c) El aumento de comunicaciones impersonales al ir tecnificándose también el área del trabajo. Cada día existen más profesiones de desarraigo. El trabajo ya no es operativo. El hombre no ve el fruto de sus manos. Por el trabajo no se pone ya en comunicación con la naturaleza tratando de desvelarla e imponiéndole sus formas personales. En la actualidad el quehacer cotidiano cae en el automatismo de apretar siempre el mismo tornillo o de pul-

sar a cada instante el mismo interruptor, para al final no ver el fruto de su esfuerzo, diluyéndose su responsabilidad en el anonimato más brillante.

d) La hipertrofia de la tecnificación que se adentra en nuestro espíritu, incluso tratando de ordenarnos hasta la propia intimidad, planificando también la diversión, la familia, etc.

2.—Las relaciones individuales quedan también afectadas por todas estas modificaciones técnicas. Buenos ejemplos de ello serían quizás los siguientes:

a) Al aumentar el número de comunicaciones y reducirse las distancias mediante la técnica, el mundo se convierte en lo que McLUHAN llama una "aldea global". Es verdad que nos comunicamos más veces y de un modo más vertiginoso, pero igualmente también es verdad que cada vez hay menos encuentros existenciales auténticos. Quizás incluso sepamos hablar hoy mejor, pero también nos entendemos peor. Y al final lo que importa es entenderse.

b) El lenguaje también sufre sus modificaciones pertinentes. En muchas ocasiones queda sustituido por la acción alegándose que ésta es más práctica, más funcional y por tanto más positiva. Con ello nos olvidamos del viejo hacer socrático, y en la vida llena de prisa todo se torna artificialismo, aniquilándose la buena dosis de espontaneidad e ingenuidad que todos necesitamos.

c) La palabra es corrompida mediante "técnicas de envilecimiento" (MARCEL) como el anuncio, la adulación y el consumo. Al prostituirse la palabra, el hombre desconfía de ella y de cuantos la utilizan, encerrándose en su miseria y preocupándose de su cuerpo.

d) Las relaciones sociales son entorpecidas y desvirtualizadas. Se convierten así en una técnica más de utilidad. Me contaba este verano una amiga americana durante mi estancia en Alemania, que en los EE. UU. un buen baremo pa-

ra medir el prestigio social y personal es la cuantía del número de asociaciones a las que se pertenece. Aunque luego de hecho es muy difícil encontrar un amigo.

e) Al hacerse rutinarios todos estos tipos de relaciones interpersonales, no podemos menos que comprender que luego algún autor halla propuesto que la única comunicación posible y auténtica es la sexual. Con ello apuntamos una cuestión más. La comunicación amorosa se está también instrumentalizado. No es que exista hoy mayor prostitución, sino que el sexo está perdiendo aquel sentido de plenitud que tenía hasta hace poco.

f) Poco a poco esta aldea global que es el mundo, va deviniendo en "multitud solitaria" y el hombre se agita más ante esa soledad inauténtica que no es fruto precisamente de la serenidad del espíritu sino del hermetismo de la época en que vivimos.

3.—Finalmente, otra serie de cuestiones solicitan del hombre su incomunicación. Me refiero aquí a la hipertrofiada racionalización en que todos participamos.

A Dios lo hemos convertido en ciencia. Hasta tal punto es ésto así, que hoy se habla de la Tociología de la muerte de Dios, como si fuese posible la existencia de una Teología sin Dios.

Se vive en una constante compañía de la soledad, soledad que en algún caso se hace tan radical, que el hombre prescinde incluso de su intracomunicación, perdiendo así su propia identidad.

Al perderse este eje de la identidad, todo deviene en automatismo y ya tampoco nos escandalizamos de encontrar que en alguna conducta concreta los medios se han tornado fines y los fines se han mediatizado. En una estructura de la intimidad de esta clase es lógico que el sentido de la existencia se difu-

mina, y el horizonte existencial se entenebrece.

Es posible que en el centro de todo ello se encuentra un miedo a la verdad, es decir, una repugnancia por adecuar el pensamiento a la realidad. Y ello porque de seguir una conducta buscadora de la verdad, se haría necesario a la vez adoptar una actitud comprometedorra. Pero comprometerse no es otra cosa que desarrollar la libertad en una sola área de la vida, aquella en que la razón después de todos sus rodeos aconseja como lo más útil olvidarse de la razón y creer. Pero creer es al mismo tiempo una suerte de irracionalidad y ello se opone abiertamente con el racionalismo existente.

Todo lo apuntado nos lleva a otro fenómeno de la mano: La importancia que en la actualidad tiene la psicoterapia. Cualquier clínico un poco avezado en la materia nos podrá decir la importancia que tiene en nuestros enfermos el establecer lo mejor que se pueda y desde el principio una buena relación médico-enfermo.

Ahora bien, ante ello algunos nos podrían hacer observar que en la psicoterapia también instrumentalizamos la palabra. Ello es verdad, pero no toda la verdad. En la psicoterapia utilizamos de la palabra para la curación del enfermo —por ello se habla hoy de la curación por la palabra—, pero a la vez hay una participación activa de la totalidad de la personalidad del terapeuta que se compromete en ese encuentro interpersonal. De la misma opinión es PIEPER, cuando dice que "no considera cual mera picaresca la posición del hombre que considera como negocio suyo el manejo de la palabra, ni cree que el cultivo puramente formal del uso de la misma sea al mismo tiempo nihilista".

No vendrá mal insistir aquí en que debemos tener cuidado en toda psicoterapia con no dosificar al otro. No olvidemos que el otro no es solo un objeto

que se deba trabajar, sino que a la vez es sujeto de ese trabajo. Y al participar como sujeto en la misma, hemos de tratarle como tal.

Digo esto, porque corremos el peligro de degradar la palabra a droga. Y droga también para nosotros, porque el peligro de la adulación crece cuanto más seductora es la oportunidad de un posible éxito.

En síntesis, que debemos utilizarla sin dejarnos utilizar por ella. Entre otras cosas, porque dejaría de ser auténtica psicoterapia. Quizás el modo más conveniente sea no perder de vista en ninguna ocasión esa comunicación subterránea que acompaña a la palabra en la psicoterapia, y cuyo origen es, sin ninguna duda un compromiso existencial bipersonal.

CONCLUSION

El resumen de lo expuesto en este trabajo creo puede ser de un cierto interés. En mi opinión, siempre que habremos de incomunicación o de dificultades de la comunicación interpersonal, debemos de distinguir tres niveles de muy distinta significación.

a) El nivel de la propia imperfección de nuestras comunicaciones. Hecho que es claramente natural y que aunque productor de angustias, debemos afrontarlo con serenidad y reciedumbre, procurando con una gran dosis de buena voluntad irlo paliando poco a poco.

b) El nivel en el que se aunan e influyen todos aquellos factores culturales y sociales tendentes a producir una cierta clase de incomunicación. Este nivel correspondería a una frontera mal limitada entre lo normal y lo patológico. Sería una relativa situación límite ante la cual nunca debemos adoptar una actitud pasiva.

Pues sin ser claramente patológica, sin embargo sí que puede ser desencadenante de procesos morbosos.

c) Finalmente el nivel de la incomunicación en enfermos puramente psi-

quiátricos. En este último, el cuadro morbooso se nos aparece mucho más nítido, llegando a cristalizar en muchas ocasiones en autismos, negativismo y herméticas incomunicaciones, que son siempre objeto de nuestro quehacer médico.

Antes de acabar, quisiera sólo decir, que las incomunicaciones incluídas en el segunda apartado, son fruto del hombre y se sufren en el hombre.

Está claro que las circunstancias culturales, técnicas, etc., influyen en su producción. Pero no olvidemos que esas circunstancias son a la vez producidas por el hombre. Debemos, pues, ayudar al hombre a manejarlas, más que adoptar una postura de protesta contra la estructura de la sociedad, opción con la cual no obtendríamos ningún beneficio.

En resumen, pienso que debemos otra vez a creer en el hombre. Ello es difícil cuando todo el entorno existencial invita a una radical postura nihilista. Pero no olvidemos que dejarnos caer en este nihilismo, sería en cierto modo hipotecar altamente las aventuras de las vidas que nos sucedan. Y a ello decididamente no estamos dispuestos.

BIBLIOGRAFIA

- GEORGE H. MEAD: "Espíritu, Persona y Sociedad". B. A. Ed. Paidor.
- C. K. OGDEN y I. A. RICHARDS: "El significado del significado". B. A. Ed. Paidor.
- KARL BÜHLER: "Teoría del lenguaje". Revista de Occidente. Madrid.
- SHANNON J. E. PIERCE: "Símbolos, señales y ruidos". Ed. Revista de Occidente.
- SHANNON y WARREN WEAVER: "The Mathematical Theory of Communication", 1949.
- A. M. e I. M. JAFLOM (rusos): "Wahr-Scheinlichkeit und Information".
- T. C. SCHELLING: "La estrategia del conflicto". Ed. Tecnos.
- JOEL DARITZ: "The Communication of Emotional Mearring". McGraw-Hill.
- C. LEVI-STRAUSS: "La totémisma esthétique". Paris, 1958.
- P. RICOEUR: "Finitude et culpabilité". (Tomo II).
- WIENER: "Cibernética y Sociedad". Ed. Sudamericana.
- S. E. TOULMIN: "El puesto de la razón en la ética".
- Revista de Educación (enero 1965) JESUS G. JIMENEZ: "Estudios sobre contenidos de la T. V."
- FRIEDRICH POLLOCK: "Automation". Francfort, 1956.
- SCHELISKY H.: "Die sozialen Folgen der Automatisierung". Eupen Diederichs Verlag. Dúsheldorf-Colonia, 1957.
- EGMONT HILLER: "Automaten und Menschen". Deutsche Verlag-Austalt, Stuttgart, 1958. Marshall McLuhan.
- F. SCHUMAN: "The Commonwealth of man". N. Y. 1952.